

XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia.
Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2017.

La batalla de la Universidad en la prensa nacionalista argentina de los años setenta.

Orbe, Patricia.

Cita:

Orbe, Patricia (2017). *La batalla de la Universidad en la prensa nacionalista argentina de los años setenta. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/740>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XVI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

9 al 11 de agosto de 2017 Mar del Plata-Buenos Aires

Mesa 131. Las revistas como objeto de investigación: perspectivas de análisis y estudios de casos

“La batalla de la Universidad” en la prensa nacionalista argentina de los años setenta

Patricia A. Orbe
(CER-UNS/CONICET)
Bahía Blanca- Argentina

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Introducción

Desde sus inicios, la década del setenta pone de manifiesto en la Argentina la agudización de la conflictividad sociopolítica producto de una crisis de hegemonía de larga data. La dictadura instalada en 1966 se encontraba en retirada, derrotada por un proceso de radicalización política que se había vuelto incontrolable. El retorno del peronismo proscrito al poder se convirtió en realidad, intensificando la polarización entre partidarios y simpatizantes del movimiento liderado por el general Perón y sus adversarios y enemigos.

Entre estos últimos, se inscribían los sectores nacionalistas católicos que se articularon en torno a las publicaciones *Tiempo Político* (1970), *Vísperas* (1972), *Cabildo* (1973), *El Fortín* (1975) y *Restauración* (1975-1976). Estas revistas constituyeron una “voz” disidente –hispanista, preconiliar, antiliberal, antisemita, antipopulista y anticomunista- que otorgaron un lugar central al acontecer universitario nacional, dado el desempeño de la mayoría de los integrantes del grupo editor dentro de la esfera de la educación superior –como docentes o estudiantes- y la intensa preocupación que despertaba esta temática en la reflexión nacionalista, la cual consideraba a la Universidad como “el ámbito de la “batalla central” contra los “liberales y marxistas”¹.

¹ Cristián Buchrucker, “El pensamiento de la extrema derecha en la Argentina, Notas sobre su evolución en la segunda mitad del siglo”, en *Discriminación y racismo en América Latina*, eds. Ignacio Klich y Mario Rapoport (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1997), 327.

En este sentido, nos proponemos analizar el crítico diagnóstico que se realiza en estas revistas sobre la problemática universitaria entre 1970 y 1976, las expectativas que genera la “misión Ivanissevich” y los lineamientos generales de sus propuestas para la “restauración” de la universidad en sus “esencias cristianas”². A tal fin, a continuación presentamos un somero panorama del acontecer universitario argentino entre 1970 y 1976, para luego analizar la posición de los editores y colaboradores en estas publicaciones en relación a dicho ámbito.

El campo universitario a comienzos de los '70

Para 1970, era evidente el fracaso del gobierno dictatorial en su intento de despolitización y disciplinamiento social y, esta circunstancia era particularmente palpable en el ámbito universitario, convulsionado por una aguda conflictividad política y gremial.

A lo largo del año siguiente, la agitación estudiantil tuvo una escalada inédita en todo el país. La situación parecía incontenible y por tal motivo, el presidente de facto Alejandro Lanusse intentó un cambio de política en el sector designar al doctor Gustavo Malek–interventor de la Universidad Nacional del Sur– como nuevo ministro de Educación de la Nación. Inmediatamente, el nuevo funcionario buscó disminuir la concentración estudiantil a través de la creación de nuevas universidades, a la vez que intentaba contener la participación estudiantil a través de canales orgánicos de integración del alumnado dentro del estrecho margen que la ley 17.245/67 imponía. El efecto directo de esta estrategia política consistió en la apertura de varias universidades estatales entre 1971 y 1973³, cuyas particularidades respondieron a las necesidades de compatibilizar el proceso de expansión de la matrícula⁴, las demandas derivadas del desarrollo regional y la despolitización.

² Este trabajo se enmarca en mi proyecto como Investigadora Asistente del CONICET, denominado “Una cruzada por la revolución nacional: análisis de prensa y agrupaciones nacionalistas católicas argentinas (1955-1976)”, realizada bajo la dirección conjunta de las dras. Mabel Cernadas de Bulnes y Elizabeth Rigatuso, en el Centro de Estudios Regionales “Prof. Félix Weinberg” del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.

³ Se trataba de las universidades del Comahue y Río Cuarto en 1971, de Catamarca, Lomas de Zamora, Luján y Salta en 1972, de Entre Ríos, Jujuy, La Pampa, de la Patagonia, Misiones, San Juan, San Luis y Santiago del Estero en 1973. Esta política sería continuada por el siguiente gobierno con la creación de las universidades de Tandil en 1974 y de Mar del Plata en 1975. Cfr. Pablo Buchbinder, *Historia de las Universidades Argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana, 2005), 202.

⁴ Entre 1960 y 1972, la matrícula universitaria nacional pasó de 159 mil a 333 mil estudiantes. Cfr. Buchbinder, *Historia de las Universidades Argentinas*, 195.

Sin embargo, este último objetivo que perseguía la desmovilización del estudiantado no tuvo éxito. El proceso de radicalización no pudo ser contenido dentro ni fuera de las universidades. La cuestión universitaria había perdido autonomía⁵, ya no podía ser satisfecha con políticas específicas. Las asambleas de alumnos y los cuerpos de delegados habían reemplazado notablemente a los centros como nueva forma organizativa, constructora de nuevas legitimidades y nuevas jerarquías⁶.

Pero más allá de sus diferencias, el movimiento estudiantil consideraba que el enemigo en lo inmediato era la dictadura, por lo que todos estos sectores estaban decididos a dejarle al gobierno de Lanusse el menor margen de acción posible. Mientras que las agrupaciones más moderadas comenzaron a ensayar estrategias frentistas y a fortalecer las estructuras representativas con el objetivo puesto en las elecciones venideras, otros identificados con un proyecto insurreccionalista, rechazaron toda opción negociadora por considerarla como un desvío de la acción revolucionaria y apostaron a la lucha armada. La escalada de violencia ascendió: a las manifestaciones callejeras en reclamo por la libertad de los presos, el levantamiento de clases y los actos relámpago les respondió la represión policial.

En su esfuerzo por superar la difícil coyuntura universitaria, en febrero de 1972 el ministro Malek presentó al presidente de la Nación un proyecto de ley universitaria que establecía el gobierno bipartito entre docentes y alumnos, la posibilidad de crear centros de estudiantes y el derecho de los alumnos a votar aún sin afiliarse a alguno de ellos. Pero la dictadura y sus representantes universitarios sabían y sentían que atravesaban los últimos meses en el poder. Palpaban día a día cómo su autoridad se licuaba ante el inevitable comienzo de una nueva etapa política, que despertaba grandes expectativas y a la vez, profundos temores.

Luego de ganar las elecciones el 11 de marzo, Héctor Cámpora asumía la presidencia el 25 de mayo en medio de un clima festivo, especialmente para los sectores

⁵ Cfr. Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)* (Buenos Aires: Ariel, 2001), 75.

⁶ Sobre el panorama del movimiento estudiantil universitario a comienzos de los años '70, remitimos a Nicolás Dip, "El peronismo universitario en un mundo de tensiones. Una aproximación a los proyectos de universidad de las organizaciones de estudiantes y docentes peronistas de los setenta", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* (2013), <https://nuevomundo.revues.org/65755#quotation> (consultada el 22 de marzo de 2017); Ana Julia Ramírez, "Radicalización y peronización de los universitarios : El caso de la UNLP (1969-1974)", *Cuadernos del CISH* 5 (1999), http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2803/p_r.2803.pdf (consultada el 15 de marzo de 2017) y, para el caso bahiense, a Patricia Orbe, "De la radicalización política a la partidización de los claustros: el caso de la comunidad universitaria de Bahía Blanca a comienzos de la década de los setenta", *Revista e-I@tina* 24 (julio-septiembre de 2008): 3-25, <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm> (consultada el 22 de diciembre de 2016).

de la izquierda peronista que se sentían protagonistas de un proceso de refundación nacional sobre bases antiimperialistas y prosocialistas. Estas expectativas se vieron alimentadas por la política universitaria del nuevo gobierno, conducida desde el Ministerio de Educación por un referente del peronismo histórico: Jorge Taiana, médico y amigo personal de Perón. El ministro nombró como interventor en la UBA al historiador Rodolfo Puiggrós, intelectual que sintetizaba la confluencia del peronismo y el marxismo que había dado origen a la tendencia revolucionaria del movimiento⁷. El proyecto político que esta tendencia pretendió instaurar en las casas de altos estudios apuntaba a remover urgentemente las estructuras vigentes ligadas a la dictadura depuesta a fin de identificar los intereses universitarios con los “intereses nacionales y populares” para hacer posible la integración de la Universidad a la tarea de “Construcción del Socialismo Nacional”⁸.

En julio de 1973, al producirse la dimisión del presidente Cámpora, el ministro Taiana continuó en su cargo al igual que muchas de las autoridades universitarias a pesar de haber puesto sus renuncias a disposición de Perón, por considerarlo “virtual presidente constitucional del país”. En los meses sucesivos, las casas de altos estudios intensificarían la aplicación de su programa de cambios, haciendo hincapié en las políticas de extensión, en las transformaciones realizadas en materia administrativa y académica, a la que se sumó una selectiva obra de renovación curricular que en algunos casos estuvo asociada a la expulsión de docentes, por lo general identificados con la pasada dictadura⁹.

En medio de tanta actividad, Perón fue elegido presidente por tercera vez y el proyecto de transformaciones iniciado en las universidades habría de proseguir sin cambios categóricos por unos meses más. Encontraría su límite en 1974, año de la fractura definitiva entre la izquierda y la derecha en el seno del movimiento nacional peronista que detentaba el poder, cuyos conflictos tuvieron profundas repercusiones en el ámbito universitario.

⁷ Sobre la trayectoria intelectual y política de Rodolfo Puiggrós, remitimos a Omar Acha, *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX* (Buenos Aires: EUDEBA, 2006) y del mismo autor, “Rodolfo José Puiggrós ante la condición humana” (2005), <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/puiggros.htm> (consultada el 10 de marzo de 2017)

⁸ Cfr. Ana María Barletta, “Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973), *Revista Prismas* 6 (2002): 275-286.

⁹ Sobre la política universitaria durante la gestión de Jorge Taiana, destacamos los aportes de Laura Graciela Rodríguez en *Universidad, peronismo y dictadura 1973-1983* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 21-43.

En este marco, producto de la labor parlamentaria, el 14 de marzo de 1974 fue sancionada la nueva ley universitaria N° 20.654, la cual disponía la normalización de las universidades. El reestablecimiento de la autonomía académica, la autarquía económica y el cogobierno¹⁰ marcaba un notable distanciamiento de los principios verticalistas que habían inspirado la ley N° 13.031/47, que reguló la vida universitaria durante el primer peronismo. Sin embargo, es importante destacar que en el presente proyecto, como en la vieja política universitaria peronista, la garantía de gratuidad de los estudios superiores ocupaba un lugar preponderante, vinculando ambas etapas a través de la preocupación social por mejorar el acceso de los sectores populares a la universidad.

Con respecto al cogobierno, en esta ley se reemplazaba la tradicional representación del claustro de graduados por la del personal no docente. El cuerpo docente seguía conservando una mayoría absoluta en la representación de los claustros, con una participación del 60% frente al 30% otorgado a los estudiantes y el 10% correspondiente a los trabajadores no docentes.

En el artículo 58 se anunciaba que todos los cargos docentes eran declarados en comisión para ser abiertos a concurso según las normas de la nueva ley. Esta decisión de renovar los cuadros docentes de cara a la nueva etapa política que se atravesaba, se complementaba con la medida reivindicatoria que se plasmaba en el artículo 60, por el cual a todos los docentes declarados cesantes entre septiembre de 1955 y el 25 de mayo de 1973, por razones políticas o gremiales, se les reconocería el grado académico que tenían al momento de su cesantía. De esta manera, el gobierno de Perón moldeaba las estructuras universitarias con el fin de construir entre ellas y el estado una relación unívoca de contenido político-administrativo. Es que más allá de la libertad de cátedra y la autonomía, la autoridad estatal imponía en el articulado claras condiciones para determinar las nuevas reglas del juego del poder universitario al establecer, por el artículo 5, que quedaba prohibido dentro de los claustros el proselitismo político partidario o de ideas contrarias al “sistema democrático que era propio de nuestra organización nacional”¹¹. Así se consagraba legalmente la política de disciplinamiento de los sectores más radicalizados dentro del ámbito universitario. El devenir de los meses subsiguientes de 1974 confirmaría que la ley N° 20.654 sólo era el comienzo de un proceso que habría de tener funestas consecuencias dentro de las casas de altos estudios.

¹⁰ Cfr. ley N° 20.654/74, artículos 3 y 19.

¹¹ Ley N° 20.654/74, artículo 5.

Luego del fallecimiento del general Perón el 1º de julio de 1974 y la asunción a la presidencia de María Estela Martínez, su viuda y compañera de fórmula, el enfrentamiento entre los sectores más combativos de la izquierda y la derecha – peronista y no peronista- y el tinte conservador que iría en aumento en las políticas del gobierno, habría de impactar en la vida institucional universitaria. En el mes de agosto se produjo la llegada de Oscar Ivanissevich al Ministerio de Cultura y Educación. Su acceso a la cartera educativa perseguía el establecimiento de un orden jerárquico, autoritario y represivo que depurara las universidades de los sectores de la izquierda. En muchas casas de altos estudios fueron designados nuevos interventores, como el caso de Alberto Ottalagano –un fascista confeso- al frente de la UBA¹². Algunos de estos nuevos funcionarios se rodearon de grupos parapoliciales que tenían por tarea principal vigilar y perseguir la actividad política de estudiantes, profesores y no docentes dentro y fuera de los claustros¹³. Una creciente ola de violencia se extendía a lo largo del país: se desplegaba la antesala del terrorismo de estado¹⁴. Las cesantías de docentes, no docentes y estudiantes se multiplicaron con el correr de las semanas como parte de las medidas implementadas por las autoridades universitarias. Ante el repudio y la protesta de gran parte del movimiento estudiantil y de amplios sectores del claustro de profesores y del personal administrativo, muchas universidades transitaron traumáticamente el ciclo lectivo.

En agosto se produjo el relevo del doctor Oscar Ivanissevich por el profesor Pedro José Arrighi, quien venía desempeñándose como interventor de la Universidad Nacional de La Plata desde noviembre de 1974. Pero su gestión no sería más que la transición hacia una nueva etapa de la vida universitaria signada por la intensificación del terrorismo de estado y la instauración de un régimen dictatorial con efectos devastadores para toda la sociedad argentina.

¹² Sobre este particular, ver Marcelo Fonticelli, “Revolución o restauración: la intervención de Puiggrós y de Ottalagano en la UBA vistas desde las páginas de *La Opinión*”, *Anuario de investigaciones 2010* (2011), http://www.anuariodeinvestigaciones.com/2013/09/sidebar-wrapperl-displaynonemain_9542.html (consultada el 3 de abril de 2017).

¹³ Cfr. Marina Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012), 95-102.

¹⁴ Sobre la “misión Ivanissevich”, merecen destacarse los aportes de Laura Graciela Rodríguez, *Universidad, peronismo y dictadura 1973-1983* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 45-66 y Pablo Bonavena, “El movimiento estudiantil universitario frente a la Misión Ivanissevich: el caso de la Universidad de Buenos Aires” (ponencia presentada a las “IV Jornadas de Trabajo sobre Historia reciente”, Rosario, mayo de 2008).

Las revistas como tribunas de denuncia nacionalista

Entre 1970 y 1976, una serie de publicaciones periódicas se destacaron por su compromiso político con el pensamiento nacionalista católico tradicionalista. El quincenario *Tiempo Político* fue una efímera experiencia –setiembre/diciembre de 1970- realizada bajo la dirección del veterano dirigente nacionalista Ricardo Curutchet¹⁵. Entre sus colaboradores figuraban Víctor Tomás Beitía, Ignacio Anzoátegui, Bernardino Montejano (h), Federico Ibarguren y Vicente Massot, elenco que reunía a activos nacionalistas de la vieja guardia con incorporaciones de una nueva generación. Tiempo después, Luis María Bandieri y Roberto Raffaelli inauguraron el semanario *Vísperas*, de escasos 6 números entre mayo y julio de 1972, proyecto al que se sumarían Víctor T. Beitía y Vicente Massot, entre otros. En cuestión de pocos meses, ambos equipos periodísticos sumarían esfuerzos para confluir en “la experiencia *Cabildo*”, en un esfuerzo intelectual y político de hacer frente a la convulsionada etapa que se abría con el retorno del peronismo al gobierno¹⁶.

Su director era Ricardo Curutchet, en tanto Vicente Massot y Juan Carlos Monedero se hacían cargo de la secretaría de redacción y de la Administración y Propaganda, respectivamente. Las ediciones fueron mensuales y entre los responsables de sus principales columnas se encontraron abogados, clérigos, estudiantes y académicos de distintas disciplinas. La mayoría de ellos mantenía una vinculación estrecha con el ámbito universitario. A modo ilustrativo, podemos citar los casos de Enrique Díaz Araujo, Luis María Bandieri, Bernardino Montejano y Vicente Massot. Enrique Díaz Araujo se venía desempeñando como profesor de Historia Argentina en la Universidad Nacional de Cuyo desde mediados de los años '60, al poco tiempo de

¹⁵ Sobre *Tiempo Político*, remitimos a las pp. 174-177 del artículo de Juan Manuel Padrón, “Una intelligentzia traicionada. Los intelectuales del nacionalismo de derechas y la Revolución Argentina (1966-1973)”, en *Las configuraciones de la trama social: políticas públicas, instituciones y actores en la Argentina contemporánea*, comps. Mónica Blanco y Luciano Barandiarán (Tandil: CIEP Ediciones, 2015), 159-182.

¹⁶ Sobre el derrotero institucional y el perfil ideológico de esta publicación, remitimos a los trabajos de Jorge Saborido, “Sólo la Revolución Nacional salvará a la Patria”. La revista *Cabildo* y el ideario del nacionalismo católico argentino en las décadas de 1970 y 1980”, en *Nacionalistas y nacionalismos: debates y escenarios en América Latina y Europa*, comps. Fortunato Mallimaci –Humberto Cucchetti (Buenos Aires: Gorla, 2011), 41-42 y de Patricia Orbe, “Cruzada nacionalista” y periodismo: la revista ‘Cabildo’ ante el escenario mediático argentino (1973-1976)”, *ALPHA, Revista de Artes, Letras y Filosofía* 35 (diciembre 2012): 41-66.

haberse recibido de abogado en la Universidad Nacional de La Plata¹⁷. Por su parte, Luis María Bandieri, graduado de abogado en 1969 en la UBA, también era parte del staff docente auxiliar de la UCA de La Plata desde 1971 y del Museo Social Argentino desde 1973, en el campo del Derecho Político y el Procesal. A partir de 1977, su carrera universitaria se centraría exclusivamente en la UCA. En el tercer caso, Bernardino Montejano había comenzado su carrera docente en la UBA en 1959 en las áreas de Introducción al Derecho y Filosofía del Derecho. En el marco de la intervención peronista a la universidad, renunció a su cargo de profesor de Introducción al Derecho en 1974¹⁸ y habría de continuar su carrera ligado a la UCA y la Universidad del Salvador. Por último, Vicente Massot fue estudiante de Ciencias Políticas en la Universidad del Salvador entre 1970 y 1974, al tiempo que integraba la Guardia de San Miguel junto a otros jóvenes universitarios como Jorge Ferro, Cristian Coronado y Ricardo Curutchet (h)¹⁹. A su vez, estos últimos dos formaban parte de una agrupación que publicaba solicitadas sobre la política universitaria en *Cabildo*. Nos referimos a la Corporación de Estudiantes, organización que se presentaba como un nucleamiento de alumnos de la Universidad de Buenos Aires (Witold R. Kopytynki, de Ciencias Exactas y Naturales; Ignacio Garda Ortiz y Cristian Coronado, de Medicina; Ernesto T. Camps, de Ingeniería; Raúl Oller, de Filosofía y Letras; Daniel López Quesada, de Veterinaria; Ricardo Curutchet (h), de Derecho; José María Aguinalde, de Ciencias Económicas), preocupados por “...producir una restauración universitaria, que devuelva la Universidad a la Nación, y una reconstrucción que le permita servirla con patriotismo”²⁰.

A diferencia de otras publicaciones precedentes de la misma orientación, *Cabildo* habría alcanzado un relativo éxito editorial llegando a tiradas de 6000 ejemplares, los cuales se distribuían en Capital Federal y en el conurbano bonaerense a través de los kioscos, en tanto en las provincias, se contaba con una red de contactos para su distribución por suscripciones. Las severas críticas al gobierno provocarían su

¹⁷ Sobre el perfil académico-político de Díaz Araujo, cfr. María Celina Fares, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IEHS* 26 (2011): 215-238, <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2011/04%20DOSSIER%20ECHEVERRIA-TATO%20FINAL/ARTICULO%20FORMATO%20DOSSIER%20DERECHAS%20Mar%C3%ADa%20Celina%20Fares1.pdf> (consultada el 23 de abril de 2017).

¹⁸ Para conocer el texto de su renuncia cfr. *Cabildo*, n° 13, 9 de mayo de 1974, p. 17.

¹⁹ Luis Fernando Beraza, *Nacionalistas, la trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)* (Buenos Aires: Cántaro, 2005), 306.

²⁰ *Cabildo*, año I, n° 5, 6 de septiembre de 1973, p. 2.

clausura en febrero de 1975. Sin embargo, el mismo equipo editor inmediatamente insistiría en sus objetivos a través de *El Fortín*, el cual después de dos ediciones también sería clausurado por *atentar contra la institucionalidad*. En un cambio de estrategias y de director –ahora Marcos Gigena Iburguren-, con mayor cantidad de notas anónimas o inicialadas, este grupo nacionalista lanzó en junio de 1975 hasta febrero de 1976 la revista *Restauración*, abiertamente arrojada a promover la toma del poder por parte de las Fuerzas Armadas, público al que destinaba prioritariamente sus columnas.

La “batalla de la Universidad” en clave nacionalista

La importancia central asignada por *Tiempo Político*, *Vísperas*, *Cabildo*, *El Fortín* y *Restauración* a la “cuestión universitaria” se ve reflejada en la asignación de una sección específica en su superficie redaccional, que fue cambiando de denominación –“Vísperas Universitarias”, “Gaceta Universitaria”, “Sección Universitarias”, “Restauración Universitaria”- pero no de tono. Asimismo, el cuerpo editorial le dio espacio a distintas voces para que hicieran públicas sus ideas y opiniones sobre la situación de las casas de altos estudios a través de solicitadas de página completa y extensas entrevistas a “especialistas” y funcionarios del área.

Tempranamente, ya en *Tiempo Político* estos nacionalistas exponían con pesimismo el funcionamiento cotidiano de las universidades “progresivamente más anormal, más indigno y más peligroso”²¹. El diagnóstico era muy negativo y sus aspectos más destacables se centraban en la masificación de la matrícula estudiantil, la carencia de un plan estatal para promover determinadas carreras y desalentar otras, el rechazo al sistema de facultades por “obsoleto”, la falta de un sistema de becas que “sólo podría hacerse efectivo mediante la reimplantación de aranceles”, la convulsionada actividad estudiantil expresada a través de huelgas y tomas de las instalaciones en protesta por la política dictatorial y su consecuente pérdida de clases, entre otros. Se criticaba severamente la política de creación de universidades del gobierno de Lanusse y se denunciaban irregularidades presupuestarias en la editorial de la UBA (Eudeba)²². Asimismo, se imputaba a las universidades y a la actitud “desinteresada” del gobierno militar la responsabilidad en el creciente “clima

²¹ *Tiempo Político*, n°1, 16 de setiembre de 1970, p. 10.

²² *Tiempo Político*, n° 3, 14 de octubre de 1970, p. 6.

subversivo o revolucionario” que las dominaba²³. En este sentido, en *Vísperas* de 1972 se defenestró la actitud conciliadora del gobierno militar hacia el movimiento estudiantil al dar “la orden de reabrir los centros de politiquería universitaria” para “tapar sus propias contradicciones con el humo de las universidades”²⁴.

Asumido el nuevo gobierno constitucional en 1973, las expectativas en la materia se multiplicaron. Desde *Cabildo*, se difundió un diagnóstico nefasto: el retorno del peronismo al poder no haría más que agravar el proceso “disolvente” por el cual se consolidaría “la revolución cultural” en la Universidad, advirtiendo que “...una vez más se verá qué pocos son quienes advierten que la raíz de toda acción subversiva yace en el intelecto viciado y no en los campos de adiestramiento guerrillero como creyó el gobierno de las FFAA permitiendo que se cumpliera este proceso de envenenamiento impunemente.”²⁵

En forma categórica, se sostenía que el proceso de crisis que atravesaba la universidad no era reciente sino que, por el contrario respondía a una serie ininterrumpida de transformaciones que podrían remontarse a la política universitaria aplicada por la dictadura de 1955-58. En síntesis, señalaba que “Se trata de convalidar, de consolidar, de institucionalizar, de instaurar, en fin, la escalada marxista iniciada contra el peronismo en 1955 y concluida con el peronismo en 1973.”²⁶

La representación central de panorama universitario podría resumirse en la imagen del “caos”²⁷: descenso de la jerarquía en la enseñanza por el alto índice de deserción estudiantil, la creación de un “verdadero proletariado” de auxiliares en creciente aumento, la “complicidad involuntaria” de las nuevas autoridades en “la revolución cultural que busca el marxismo”. Entre las prácticas más cuestionables de la nueva administración, se denunciaba la multiplicidad de “juicios académicos” a profesores concursados y sus consiguientes desplazamientos, así como la proliferación de nombramientos al frente de las cátedras de personalidades pretendidamente carentes de los créditos académicos requeridos y afines a las nuevas autoridades²⁸.

²³ *Tiempo Político*, n° 5, 11 de noviembre de 1970, p. 7; *Tiempo Político*, n° 6, 25 de noviembre de 1970, pp. 12-13. y *Tiempo Político*, n° 7, 16 de noviembre de 1970, p. 12.

²⁴ *Vísperas*, n° 5, 12 de julio de 1972, p. 10.

²⁵ *Cabildo*, n° 1, 17 de mayo de 1973, p.26.

²⁶ *Cabildo*, n° 2, 14 de junio 1973, p. 3. Sobre la misma interpretación, remitimos también a *Cabildo*, n° 3, 5 de julio 1973 pp. 26-27.

²⁷ *Cabildo*, n° 2, 14 de junio 1973, p. 27.

²⁸ *Cabildo*, n° 5, 6 de setiembre 1973, pp. 30-31; *Cabildo*, n°6, 4 de octubre de 1973, p. 27; *Cabildo*, n° 8, 6 de diciembre de 1973, p. 23 y *Cabildo*, n°13, 9 de mayo de 1974, p. 17.

Se criticaba la urgencia por sancionar una nueva ley universitaria, señalando que “no se quiere formular una política universitaria integral”, que apunte a solucionar “los verdaderos problemas universitarios”, tales como **“el exceso de alumnos en algunas facultades, la abultada deserción estudiantil, la falta de una mínima orientación acerca de cuáles son las profesiones que el país requiere, la carencia de otras alternativas para absorber el creciente número de bachilleres por no crearse un sistema de enseñanza superior no-universitaria con cursos cortos y títulos operativos...”**²⁹. Por otra parte, se elogiaba la ley Guardo de 1947 como un “ejemplo de legislación sobria y jerárquica”, resaltando sus fundamentos “de espíritu universalista, cristiano, humanista, occidental, académico, científico...”, dado que prohibía la actividad política en los claustros, limitaba la elección de los decanos al claustro de profesores y les otorgaba una “justa estabilidad” en sus cargos, eufemismo empleado para justificar el carácter prácticamente vitalicio de sus designaciones.

La “normalización universitaria”, proceso que comenzó a desarrollarse a partir de la sanción de la nueva legislación para las casas de altos estudios en marzo de 1974 (ley N° 20.654/74), será objeto de severas críticas de *Cabildo* al ser concebida como una de las tantas caras de la repudiable “institucionalización” que pretendía llevar a cabo el presidente Perón, una política universitaria que –desde esta óptica– no había hecho más que fortalecer a la guerrilla. En un tono de alarma, se exponía la base del problema universitario: el peronismo no tenía autoridad para actuar como “verdadero dique para el marxismo” porque ha sido “filtrado” por éste y compartían “ancestros comunes”³⁰. Esta posición admonitoria era reforzada con la identificación del nacionalismo como “el único sector de opinión no contaminado por el liberalismo rousseauiano, la revolución francesa o el socialismo ingenuo del siglo XIX”, y por ende, el único capacitado para dar con la solución, al afirmar que

“El marxismo debe ser extirpado por usar cínica y despiadadamente como trampolín para su revolución inhumana y cruel, una noble institución que odia desde su origen, pues arranca de lo más profundo de la civilización cristiana cuyos valores son, acaso, lo que más teme porque participan de lo Absoluto. (...)Si alguna peculiaridad distingue netamente el nacionalismo de los demás sectores de la política argentina de esto (sic) últimos 50 años es que se nutre

²⁹ *Cabildo*, n° 4, 2 de agosto 73, pp. 32-34, las negritas son originales. También remitimos sobre este particular a *Cabildo*, n° 10, 7 de febrero de 1974, pp. 28-31 y *Cabildo*, n° 11, 7 de marzo de 1974, pp. 26-28.

³⁰ *Cabildo*, n° 13, 9 de mayo de 1974, pp. 16-17.

vivamente en las fuentes de la cultura católica-europea e hispánica, y sostiene una tabla neta de valores espirituales. (...)Por eso debe ser que también es el único que tiene autoridad para hablar del tema universitario, porque se siente plenamente identificado con la esencia histórica de esta sabia institución deformada por el racionalismo primero, y ahora vaciada por el marxismo.”³¹

Como detractores de las medidas del gobierno peronista en la materia, estos nacionalistas ridiculizaban el método del concurso docente, mecanismo que es presentado como el instrumento para “institucionalizar el marxismo” en la universidad³². En este proceso de “entrega de la universidad al comunismo”, los editores señalaban responsables específicos y concentraron sus ataques sobre figuras específicas como las del ministro de Educación Jorge Taiana (1973-1974), el interventor de la UBA Rodolfo Puiggrós (1973-1974), el delegado interventor de la facultad de Derecho de la UBA Mario Kestelboin (1973-1974), la delegada del interventor en la facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Adriana Puiggrós (1974), entre otros.

La muerte de Perón marcó un hito en el proceso político nacional y consecuentemente tuvo un enorme impacto en el ámbito universitario. *Cabildo* manifestó ciertas expectativas sobre el particular a partir de la designación de Alberto Ottalagano como interventor de la UBA entre setiembre y diciembre de 1974, expresando categóricamente su “esperanza” ante la “rectificación del rumbo impuesto por Perón el 25 de mayo de 1973”³³. El propio Ottalagano fue definido como “un valiente hombre de orden” en el cual depositaban sus expectativas de “triumfo” siempre que sea capaz de “poder deslindar dos problemas distintos (y sabe elegir dos tipos de colaboradores distintos) que son, la puesta bajo control de la Universidad y la inmediata transformación en una nueva estructura acorde con las necesidades de una enseñanza ordenada y jerárquica”³⁴.

Con respecto al primer “problema” mencionado, se insiste en defenestrar la gestión del saliente interventor de la UBA, Rodolfo Puiggrós, enfatizando las “malversaciones de fondos” y el “genocidio universitario” que ha quedado como

³¹ Ibid.

³² *Cabildo*, n° 14, 13 de junio de 1974, p.7 y *Cabildo*, n° 15, 15 de julio de 1974, p. 19.

³³ *Cabildo*, n° 18, 11 de octubre de 1974, pp. 14-16.

³⁴ Ibid.

legado³⁵. Asimismo, la revista emprenderá una defensa de la figura de Ottalagano, blanco de severas críticas de distintos sectores políticos por su explícita identificación con el fascismo³⁶ y promoverá la gestión y las opiniones del geólogo Raúl Zardini, delegado interventor en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA³⁷. En este sentido, habrán de lamentar el relevo de Ottalagano y explicar las diatribas contra el accionar de Zardini hacia fines de 1974, destacando que en los dos casos se trataba de una persecución de índole religiosa, al decir que:

“El Dr. Ottalagano expresó sin eufemismos las raíces cristianas de nuestro pueblo y desató los odios ancestrales. Así descubre el plumífero de Timmerman que el Dr. Zardini “también es católico” y cabe recordar que en esas mismas páginas se comentó como un escándalo el acto de Bendición del aula magna de la Facultad de Ciencias. No es pues la idea de la Universidad lo que concita tantos odios, es Cristo, permanente y odiosamente sacrificado.”³⁸

Si bien Ottalagano y Zardini encuentran en las páginas de *Cabildo* un espacio de defensa de sus gestiones, trayectoria y declaraciones, no fueron los únicos interventores reivindicados. Con mucho menos énfasis y más sucintamente, se rescataba el desempeño de Remus Tetu en la Universidad Nacional del Comahue, Pedro Arrighi en la Universidad Nacional de La Plata, y Otto Burgos en la Universidad Nacional de Cuyo³⁹.

³⁵ Se exponen los problemas financieros de la UBA y especialmente los de su editorial y el proceso de rendición de cuentas que estaba llevando a cabo la nueva intervención. En relación al término “genocidio universitario”, se denuncia la expulsión de “5757 profesores” ante el “silencio del Poder Legislativo”, cfr. *Cabildo*, n° 18, 11 de octubre de 1974, pp. 16.

³⁶ *Cabildo*, n° 20, 10 de diciembre de 1974, p. 8. Sobre Ottalagano, cfr. Laura Graciela Rodríguez, *Universidad, peronismo y dictadura 1973-1976* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 52-53.

³⁷ *Cabildo*, n° 19, 8 de noviembre de 1974, pp. 28-29 y *Cabildo*, n° 20, 10 de diciembre de 1974, pp. 13-14. Sobre Zardini, cfr. Rodríguez, *Universidad, peronismo y dictadura 1973-1976*, 52.

³⁸ *Cabildo*, n° 22, 7 de febrero de 1975, p. 15. También remitimos a un número anterior sobre el desplazamiento de Ottalagano, *Cabildo*, n° 21, 10 de enero de 1975, p.5. Sobre la visión del diario *La Opinión* sobre estas intervenciones en la UBA, ver Marcelo Fonticelli, “Revolución o restauración: la intervención de Puiggros y de Ottalagano en la UBA”.

³⁹ *El Fortín*, n° 1, 20 de marzo de 1975, pp. 28-30. Sobre la gestión de Pedro Arrighi frente a la UNLP, remitimos a Magdalena Lanteri y Talía Meschiany, “Bases para la Nueva Universidad. La UNLP entre los años 1973 y 1976” (ponencia presentada en las “Actas de las XI Jornadas de Sociología”, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 2015), http://jornadasdesociologia2015.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/ponencias/903_443.pdf (consultada el 11 de marzo de 2017). Sobre la intervención de Remus Tetu en las universidades del Comahue y del Sur durante 1975, remitimos a María Beatriz Gentile, “Anticipando el golpe: policías terroristas en Neuquén y Bahía Blanca”, *PolHis* 12 (2013): 132-141, http://historiapolitica.com/datos/boletin/PolHis_12.pdf (consultada el 22 de marzo de 2017). En relación a la gestión del interventor Otto Hebert Burgos en la UNCuyo, cfr. Roberto Vélez, *La Represión en la UNCuyo* (Mendoza: UNCuyo, 1999), 167, http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/4651/librovelez.pdf (consultada el 13 de abril de 2017).

En relación al “segundo problema” que afectaría a estas casas de altos estudios, referido a la necesidad de una “transformación estructural” en base a un “orden jerárquico”, el “grupo *Cabildo*” tenía un proyecto propio y ese proyecto estaba personificado en la figura del arquitecto Patricio H. Randle⁴⁰. La presencia de Randle en estos medios nacionalistas es temprana: ya desde 1970 se destacaba en *Tiempo Político* su desempeño por programas televisivos en contra de la creación de nuevas universidades⁴¹. Para 1973, pasó a tener mayor protagonismo al ser entrevistado en su carácter de especialista en la “organización universitaria”. A partir de 1974, Randle se incorporaría más activamente al grupo editor como un columnista privilegiado de la Sección Universitarias⁴². Su propuesta era proclive a reformas profundas en el ámbito de la educación superior, al punto de no descartar una eventual clausura de las universidades por el tiempo que insumiera realizar una “transformación drástica”, que solucionara “los graves problemas” que las deterioran: masificación, altísima deserción y estudiantes crónicos, desconocimiento de cuáles carreras el país necesita, programas excesivamente largos sin títulos intermedios, inestabilidad del cuerpo docente, excesiva centralización⁴³.

Al tiempo que promovía la propuesta y las publicaciones de Randle sobre la cuestión universitaria, este grupo nacionalista proyectaba en los meses previos al golpe de estado de marzo de 1976 una serie de representaciones que contribuyeron a delinear un oscuro panorama de las casas de altos estudios, en pleno proceso de adaptación a la nueva normativa. Ridiculizaban al nuevo ministro de Educación –Carlos Frattini–, cuestionando sus competencias para la función, al tiempo que descreían del rumbo que el gobierno le ha dado a la normalización, reclamando la necesidad de que en el

⁴⁰ Patricio H. Randle (1927-2016). Arquitecto (UBA, 1950) y profesor titular de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UBA entre 1958 y 1993. Fue fundador y director de la Asociación para la Promoción de Estudios Territoriales y Ambientales (OIKOS), columnista de medios tradicionalistas e integrante del CONICET. Sobre la trayectoria de Randle, remitimos a Guillermo Jajamovich, “Universidad y transición democrática: reformas curriculares y reconfiguraciones en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (1984-1987)”, *Cuestiones de Sociología* 8 (2012): 12-13, <http://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar> (consultada el 2 de marzo de 2017); Guillermo Cicalese, “Geografía, guerra y nacionalismo. La Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA) en las encrucijadas patrióticas del gobierno militar, 1976-1983”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 13 (2009): 308, <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-308.htm> (consultada el 3 de marzo de 2017) y Laura Graciela Rodríguez, “La noción de frontera en el pensamiento geográfico de 1970 y 1980 en Argentina”, *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 23 (2014): 107-119, http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/rcg/article/view/38288/pdf_6 (consultada el 4 de febrero de 2017).

⁴¹ *Tiempo Político*, n° 2, 30 de setiembre de 1970, p. 6.

⁴² A modo ilustrativo, remitimos a *Cabildo*, n° 20, 10 de diciembre de 1974, pp.27-31 y a *Restauración*, n° 2, 31 de julio de 1975, pp. 23-25.

⁴³ *Cabildo*, n° 5, 6 de setiembre 1973, p. 2 y pp. 10-11.

combate contra el marxismo que se estaba desarrollando en el país, la universidad debería tener un protagonismo central:

“La Universidad quedará ausente, relegada, neutralizada del formidable conflicto ideológico que vive el país que es precisamente lo que quiere el enemigo y lo que ha logrado haciendo desplazar al Dr. Ottalagano de su cargo. Solo las Fuerzas Armadas quedarán habilitadas para llevar adelante, oficialmente, la lucha antimarxista, lo cual no es ni justo, ni aconsejable pues un ejército actúa con mayor plenitud cuando detrás de él tiene el respaldo de la sociedad civil; se entiende que un respaldo consistente y no basado en siete millones de papeletas desesperadas en busca de un presidente que fracasó y que hoy ya no significa nada.”⁴⁴

En otras palabras, del mismo modo que las Fuerzas Armadas atendían el frente militar en la “lucha contra la subversión”, se llamaba a los civiles –principalmente a los camaradas nacionalistas- a comprometerse en el combate por el control político de la institución en el marco de una intervención o de una normalización o bien, por emprender una transformación radical de ésta, para dejar atrás la universidad laica de la Reforma de 1918 y retornar a sus raíces esenciales de estirpe medieval y cristiana.

Consideraciones finales

El lema que acompañó a estas publicaciones a lo largo del período estudiado convocaba a sus lectores a luchar “Por la Nación contra el Caos” y el énfasis puesto por estas revistas en la cuestión universitaria colocaba a la “batalla de la Universidad” en un lugar central de su “cruzada” nacionalista tradicionalista católica contra liberales y marxistas, claramente signados como los personeros del “Caos” en el país. El grupo editor de estos medios no sólo empleaba su discurso público como un mecanismo de participación en el debate político sobre la crítica situación universitaria autoproclamándose como la “única voz autorizada” en la materia sino que, dada la pertenencia de varios de ellos en los cuerpos docentes o estudiantiles, también constituyó un recurso estratégico utilizado en la disputa por el control interno de las casas de altos estudios.

Desde su perspectiva, el nacionalismo que los movilizaba compartía sus raíces católicas y europeas con la institución universitaria por lo que se sentían claramente

⁴⁴ *El Fortín*, n° 1, 20 de marzo de 1975, pp. 28-30; *Restauración*, n° 4, 23 de octubre de 1975, pp. 44-45.

interpelados por la tradición a contribuir en la reforma de este campo, a fin de revertir los nocivos efectos provocados por los gobiernos que se sucedieron desde 1955 hasta el retorno del peronismo al poder. Las coincidencias con el programa de la “misión Ivanissevich” se pusieron de manifiesto en forma explícita, especialmente en lo relativo a las convicciones nacionalistas y católicas compartidas con los funcionarios facultados para materializar este proyecto autoritario y verticalista en las distintas universidades. Asimismo, el carácter efímero de algunas de estas gestiones fue presentado como el resultado de una “persecución religiosa”, una faceta más del combate que los “seguidores de Cristo” eran llamados a dar.

Hacia el final del período analizado, la promoción de las ideas y las propuestas del arquitecto Patricio Randle sobre el camino de debería el Estado en materia de política universitaria se convirtió en uno de los ejes principales de la “agenda” de este grupo editor. Revertir el crecimiento del campo universitario, la masificación de la matrícula y del cuerpo docente, la deserción estudiantil, así como lograr el fin del cogobierno y de la actividad política en los claustros se convirtieron en imperativos que se proyectaron en sus expectativas ante el advenimiento de la última dictadura militar.

Como han demostrado Laura Rodríguez y Germán Soprano⁴⁵, el grupo nacionalista ligado a las publicaciones analizadas tuvo una fluida relación con varios de los funcionarios más importantes de la cartera educativa y del CONICET durante el gobierno de facto, vínculos que ciertamente fueron movilizados a fin de avanzar sobre espacios institucionales o bien, construir otros relativamente autónomos de la esfera estatal, a fin de dar difusión a su doctrina en materia filosófica, historiográfica, educativa y sociológica⁴⁶.

Sin embargo su proyecto político para el área de la educación superior se aplicó parcialmente. Con el siniestro trasfondo de la intensificación del terrorismo de estado, la obra de “reorganización”, “redimensionamiento” y “racionalización” del campo universitario se tradujo en el cierre de universidades, facultades y carreras, reformas curriculares, la aplicación de un sistema de cupos y aranceles, y el endurecimiento de

⁴⁵ Cfr. Laura Graciela Rodríguez y Germán Soprano, “La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-1983)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (mayo 2009), <https://nuevomundo.revues.org/56023> (consultada el 24 de marzo de 2017) y Laura Graciela Rodríguez, *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2011).

⁴⁶ A modo ilustrativo, ver Patricia Orbe, “Sociabilidad tradicionalista en la Argentina: La ofensiva tomista en la trama académica de los años setenta”, *VIII Anuario de la Escuela de Historia (Virtual)* 9 (2016): 98-113, <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria/article/view/15111/15046> (consultada el 3 de diciembre de 2016).

las condiciones de permanencia y regularidad. Sin embargo, las directivas de la dictadura tuvieron un éxito relativo, condicionado por el grado de autonomía del que gozó cada interventor para negociar con los ministros en función de sus capitales políticos, así como por la contundencia de las resistencias locales al inicio de reformas estructurales del sistema universitario.

El desenlace de la “batalla de la Universidad” tuvo un saldo ambiguo para el grupo editor de estas revistas: los marxistas habían sido derrotados, no obstante, los liberales –o neoliberales-, con más influencia que los nacionalistas sobre las autoridades militares se habían alzado con otro triunfo, condenándolos a lamentar una vez más una oportunidad de cambio perdida y a resignarse a una existencia académica residual y periférica.